



www.loqueleo.com/ec

Los mejores relatos de terror llevados al cine

© De la selección, prólogo y notas introductorias: 2005, Juan José Plans
© Robert Louis Stevenson, "Los ladrones de cadáveres". Madrid. Alianza Editorial, 1991
© Alexéi Konstantinovich Tolstoi, "La familia del 'vurdalak'". Madrid. Ediciones Siruela. Traducción de Francisco Torres Oliver, 1992
© Daphne du Maurier, 1952
© Curtis Publishing Co, 1951 / Ray Bradbury, 1979
© George Langelaan, "La mosca". Barcelona. Noguer y Caralt, 2001
© Edgar Allan Poe, "El gato negro", *El escarabajo de oro y otro relato*. Madrid. Relato Corto, Aguilar, 1994.
© De esta edición:
2018, Santillana S. A.
Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-398-8

Impreso en Ecuador por Poder Gráfico

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2015

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Mayo 2016

Cuarta impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Diseño de cubierta: Sandra Restrepo / www.ladamaroja.org

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.



Bradbury - Du Maurier - Langelaan - Poe - Stevenson - Tolstoi



Prólogo



“Hay otros mundos, pero están en este”, escribió el poeta Paul Éluard. Mundos en los que lo fantástico —aunque no pueda eludir totalmente la realidad— nos ofrece la oportunidad de contar con una tercera vida, y es que el hombre vive tres veces: una, cuando está despierto; otra, cuando duerme, y durmiendo tiene sueños, puede que también pesadillas. La tercera es la que resulta de la interrelación de las otras dos mediante la imaginación.

El terror —el miedo muy intenso— no está ausente de las dos primeras vidas. Todos, tanto despiertos como dormidos, hemos sentido miedo en alguna ocasión, no sólo involuntariamente sino también voluntariamente, por la seducción del riesgo. En la tercera vida lo bueno es que, el terror, por muy grande que sea, lo tenemos controlado. Porque, aunque esté basado en lo real, o en lo onírico, es de ficción.

El miedo, también en los animales, es una alarma que nos ayuda a evitar, o que intenta que evitemos, situaciones de peligro. Una alarma ancestral para beneficio de nuestra supervivencia. Dicen los psiquiatras que el mie-

do es sano, pero el miedo, téngase bien presente, que no escapa a nuestro control. Y lo es, aunque suene paradójico, para hacer frente al miedo. El de ficción —literatura, cine, televisión...— es para pasárnosla *de miedo* con miedo y, además, nos sirve como mecanismo para combatir al verdadero. Es decir, esta antología le sentará muy bien al lector, tanto para su cuerpo como para su mente.

Muchos de los grandes maestros de la literatura universal han escrito obras de terror —sobre todo relatos— y los han dedicado totalmente al género, que no tiene ni menos ni más valor que los otros, porque una creación literaria no se juzga por el género al que pueda pertenecer y sí por su calidad. Seis de tales autores figuran en esta antología —tres del siglo XIX, cuando los cuentos de terror alcanzaron una gran popularidad, y tres del siglo XX, cuando a tales cuentos se les reconoció la calidad que antes se les negara—. De cada cual hemos elegido uno de sus relatos terroríficos más significativos. Sobresalientes en cuanto a lenguaje y original argumento. Responden, sin excepción, a lo expuesto por Guy de Maupassant, aunque con distintos estilos y no menos distintas temáticas: “El miedo [...] es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un horrible espasmo del pensamiento y del corazón, cuyo mero recuerdo provoca estremecimientos de angustia”.

Los cuentos de este libro son una buena muestra de la escritura de sus autores, dominadores de un lenguaje con el que logran empavorecernos: la intriga, el misterio, el horror, el suspense... está oculto, presto a catapultarse,

tras cada palabra, certeramente utilizadas para alcanzar agobiantes atmósferas, enigmáticos personajes con los que el clímax alcanza cotas pavorosas, como en las obras de Lovecraft (“decrepitud, suciedad y ruina”, “arrugadas y solitarias figuras”, “extraño desasosiego”, “apestoso tufo a perversidad”), para quien el miedo “es la emoción más antigua y más intensa de la humanidad”.

No todos los miedos siguen idénticos caminos. Los relatos de Stevenson, Poe y Tolstoi están enraizados en lo sobrenatural, no así los de Bradbury, Du Maurier y Langelaan. En estos tres últimos, el horror que sentimos es el horror a nosotros mismos. En cada siglo nacen nuevos terrores. Los de los autores del siglo XX corresponden a su siglo; tendentes hacia el horror cósmico.

Robert Louis Stevenson, en *El ladrón de cadáveres*, nos sobrecoge recurriendo al miedo primitivo de los vivos a los muertos, un temor que según Sigmund Freud es de siempre. Otro terror ancestral es el que nos espanta en *El gato negro* de Edgar Allan Poe: el miedo a los animales. La zoofobia es tan antigua como la humanidad. Pero, en este caso, el horror al gato —ailurofobia— no es lo que angustia al personaje, sí lo que el felino simboliza. Alexéi Konstantinovich Tolstoi nos habla de un vampiro, siniestra figura del folclore de los pueblos eslavos, uno de los mitos del terror.

Ray Bradbury escribe acerca del horror de la soledad, un horror que cada vez se apodera de más personas. George Langelaan, de los peligros de la ciencia. Y Daphne du Maurier, del mayor de los miedos: el de un apocalipsis

debido a nosotros mismos. Porque, en el fondo, de eso se trata el cuento.

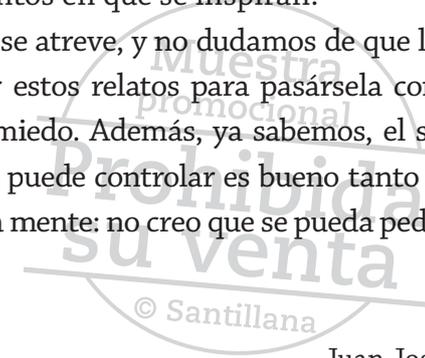
Hay muchos más miedos, pero los tratados por los autores de este libro sirvan como ejemplo de un género literario que no podría existir sin una alta dosis de poesía, en la que se refugia lo desconocido. Un género con el que se sugiere más que se muestra. Porque las sombras inquietan más que la oscuridad. La niebla adquiere el valor de la duda. El miedo llama a la puerta, pero no la derriba. Cada uno, en la mente, al serle sugerido el terror, lo engrandece al vivirlo según sus miedos.

Con este libro se vivirán —porque, al leerlas, se viven— espeluznantes situaciones: en un aislado cementerio, en una noche negra, en busca de un cadáver; al descubrir que en un sótano se ha emparedado a un maligno y vengativo ser; cuando alguien que ama intente clavarle los colmillos para saciar su sed de sangre; cuando un monstruo surja de las aguas que rodean un solitario faro; al comprobar en qué se convirtió tras un experimento científico; al ser atacado por, hasta ese momento, inocentes pájaros.

Si terroríficos son los relatos que componen esta antología, terroríficas son sus adaptaciones cinematográficas; pequeñas o grandes joyas de la historia del cine, que desde su principio se ha sentido atraído por el terror: *Los ladrones de cadáveres*, de Robert Wise; *Satanás*, de Edgar G. Ulmer; *La familia del vurdalak*, de Mario Bava; *El monstruo de tiempos remotos*, de Eugène Lourié; *La mosca*, de Kurt Neumann; *Los pájaros*, de Alfred Hitchcock. Pelícu-

las rodadas con la misma sutileza con la que escribieron sus autores los cuentos en que se inspiran.

Y ya, si el lector se atreve, y no dudamos de que lo hará, recomendamos leer estos relatos para pasársela como de sea: de miedo con miedo. Además, ya sabemos, el ser presa del miedo que se puede controlar es bueno tanto para el cuerpo como para la mente: no creo que se pueda pedir más, acaso un té de tila.



Los ladrones de cadáveres

Robert Louis Stevenson



Todas las noches del año nos sentábamos los cuatro en el pequeño reservado de la posada George en Debenham: el empresario de pompas fúnebres, el dueño, Fettes y yo. A veces había más gente; pero tanto si hacía viento como si no, tanto si llovía como si nevaba o caía una helada, los cuatro, llegado el momento, nos instalábamos en nuestros respectivos sillones. Fettes era un viejo escocés muy dado a la bebida; culto, sin duda, y también acomodado, porque vivía sin hacer nada. Había llegado a Debenham años atrás, todavía joven, y por la simple permanencia se había convertido en hijo adoptivo del pueblo. Su capa azul de camelote era una antigüedad, igual que la torre de la iglesia. Su sitio fijo en el reservado de la posada, su conspicua ausencia de la iglesia y sus vicios vergonzosos eran cosa de todos sabidas en Debenham. Mantenía algunas opiniones vagamente radicales y cierto pasajero escepticismo religioso que sacaba a relucir periódicamente, dando énfasis a sus palabras con imprecisos manotazos sobre la mesa. Bebía ron, cinco vasos todas las veladas; y durante la mayor parte de su diaria visita a la posada

permanecía en un estado de melancolía y estupor alcohólico, siempre con el vaso de ron en la mano derecha. Le llamábamos el doctor, porque se le atribuían ciertos conocimientos de medicina, y en casos de emergencia había sido capaz de entablillar una fractura o reducir una luxación; pero, al margen de estos pocos detalles, carecíamos de información sobre su personalidad y antecedentes.

Una oscura noche de invierno —habían dado las nueve algo antes de que el dueño se reuniera con nosotros— fuimos informados de que un gran terrateniente de los alrededores se había puesto enfermo en la posada, atacado de apoplejía, cuando iba de camino hacia Londres y el Parlamento; y por telégrafo se había solicitado la presencia, a la cabecera del gran hombre, de su médico de la capital, personaje todavía más famoso. Era la primera vez que pasaba una cosa así en Debenham (hacia muy poco tiempo que se había inaugurado el ferrocarril) y todos estábamos convenientemente impresionados.

—Ya llegó —dijo el dueño, después de llenar y encender la pipa.

—¿Quién? —dije yo—. ¿No querrá usted decir el médico?

—Precisamente —contestó nuestro posadero.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Macfarlane —dijo el dueño.

Fettes estaba acabando su tercer vaso, sumido ya en el sopor de la borrachera, unas veces asintiendo con la cabeza, otras con la mirada perdida en el vacío; pero con el sonido de las últimas palabras pareció despertarse y repitió dos veces el apellido “Macfarlane”: la primera

con entonación tranquila, pero con repentina emoción la segunda.

—Sí —dijo el dueño—, así se llama: doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes se serenó inmediatamente; sus ojos se aclararon, su voz se hizo más firme y sus palabras más vigorosas. Todos nos quedamos muy sorprendidos ante aquella transformación, porque era como si un hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

—Les ruego que me disculpen —dijo—; mucho me temo que no prestaba atención a sus palabras. ¿Quién es ese tal Wolfe Macfarlane?

Y añadió, después de oír las explicaciones del dueño:

—No puede ser, claro que no; y, sin embargo, me gustaría ver a ese hombre cara a cara.

—¿Lo conoce usted, doctor? —preguntó boquiabierto el empresario de pompas fúnebres.

—¡Dios no lo quiera! —fue la respuesta—. Y, sin embargo, el nombre no es nada corriente; sería demasiado imaginar que hubiera dos. Dígame posadero, ¿se trata de un hombre viejo?

—No es un hombre joven, desde luego, y tiene el pelo blanco; pero sí parece más joven que usted.

—Es mayor que yo, sin embargo; varios años mayor. Pero —dando un manotazo sobre la mesa— es el ron lo que ve usted en mi cara; el ron y mis pecados. Este hombre quizá tenga una conciencia más fácil de contentar y haga bien las digestiones. ¡Conciencia! ¡De qué cosas me atrevo a hablar! Se imaginarán ustedes que he sido un

buen cristiano, ¿no es cierto? Pues no, yo no; nunca me ha dado por la hipocresía. Quizá Voltaire habría cambiado si se hubiera visto en mi caso; pero, aunque mi cerebro —y procedió a darse un manotazo sobre la calva cabeza—, aunque mi cerebro funcionaba perfectamente, no saqué ninguna conclusión de las cosas que vi.

—Si este doctor es la persona que usted conoce —me aventuré a apuntar, después de una pausa bastante penosa—, ¿debemos deducir que no comparte la buena opinión del posadero?

Fettes no me hizo el menor caso.

—Sí —dijo, con repentina firmeza—, tengo que verlo cara a cara.

Se produjo otra pausa; luego una puerta se cerró con cierta violencia en el primer piso y se oyeron pasos en la escalera.

—Es el doctor —exclamó el dueño—. Si se da prisa podrá alcanzarlo.

No había más que dos pasos desde el pequeño reservado a la puerta de la vieja posada George; la ancha escalera de roble terminaba casi en la calle; entre el umbral y el último peldaño no había sitio más que para una alfombra turca; pero este espacio tan reducido quedaba brillantemente iluminado todas las noches, no sólo gracias a la luz de la escalera y al gran farol debajo del nombre de la posada, sino también debido al cálido resplandor que salía por la ventana de la cantina. La posada llamaba así convenientemente la atención de los que cruzaban por la calle en las frías noches de invierno. Fettes llegó

sin vacilaciones hasta el diminuto vestíbulo, y los demás, quedándonos un tanto retrasados, nos dispusimos a presenciar el encuentro entre aquellos dos hombres, encuentro que uno de ellos había definido como “cara a cara”. El doctor Macfarlane era un hombre despierto y vigoroso. Sus cabellos blancos servían para resaltar la calma y la palidez de su rostro, nada desprovisto de energía por otra parte. Iba elegantemente vestido con el mejor velarte y la más fina holanda, y lucía una gruesa cadena de oro para el reloj y gemelos y anteojos del mismo metal precioso. La corbata, ancha y con muchos pliegues, era blanca con lunares de color lila, y llevaba al brazo un abrigo de pieles para defenderse del frío durante el viaje. No hay duda de que lograba dar dignidad a sus años envuelto en aquella atmósfera de riqueza y respetabilidad; y no dejaba de ser todo un contraste sorprendente ver a nuestro borrachín —calvo, sucio, lleno de granos y arropado en su capa azul de camelote— enfrentarse con él al pie de la escalera.

—¡Macfarlane! —dijo con voz resonante, más propia de un heraldo que de un amigo.

El gran doctor se detuvo bruscamente en el cuarto escalón, como si la familiaridad de aquel saludo sorprendiera y en cierto modo ofendiera su dignidad.

—¡Toddy Macfarlane! —repitió Fettes.

El londinense casi se tambaleó. Lanzó una mirada rapidísima al hombre que tenía delante, volvió hacia atrás unos ojos atemorizados y luego susurró con voz llena de sorpresa:

—¡Fettes! ¡Tú!

—¡Yo, sí! —dijo el otro—. ¿Creías que también yo estaba muerto? No resulta tan fácil dar por terminada nuestra relación.

—¡Calla, por favor! —exclamó el ilustre médico—. ¡Calla! Este encuentro es tan inesperado... Ya veo que te has ofendido. Confieso que al principio casi no te había reconocido; pero me alegro mucho... me alegro mucho de tener esta oportunidad. Hoy sólo vamos a poder decirnos hola y hasta la vista; me espera el calesín y tengo que tomar el tren; pero debes... veamos, sí... debes darme tu dirección y te aseguro que tendrás muy pronto noticias mías. Hemos de hacer algo por ti, Fettes. Mucho me temo que estás algo apurado; pero ya nos ocuparemos de eso “en recuerdo de los viejos tiempos”, como solíamos cantar durante nuestras cenas.

—¡Dinero! —exclamó Fettes—. ¡Dinero tuyo! El dinero que me diste estará todavía donde lo arrojé aquella noche de lluvia.

Hablando, el doctor Macfarlane había conseguido recobrar un cierto grado de superioridad y confianza en sí mismo, pero la desacostumbrada energía de aquella negativa lo sumió de nuevo en su primitiva confusión.

Una horrible expresión atravesó por un momento sus facciones casi venerables.

—Mi querido amigo —dijo—, haz como gustes; nada más lejos de mi intención que ofenderte. No quisiera entrometerme. Pero sí que te dejaré mi dirección...

—No me la des... No deseo saber cuál es el techo que te cobija —le interrumpió el otro—. Oí tu nombre; temí

que fueras tú; quería saber si, después de todo, existe un Dios; ahora ya sé que no. ¡Sal de aquí!

Pero Fettes seguía en el centro de la alfombra, entre la escalera y la puerta; y para escapar, el gran médico londinense iba a verse obligado a dar un rodeo. Estaban claras sus vacilaciones ante lo que a todas luces consideraba una humillación. A pesar de su palidez, había un brillo amenazador en sus anteojos; pero, mientras seguía sin decidirse, se dio cuenta de que el cochera de su calesín contemplaba con interés desde la calle aquella escena tan poco común y advirtió también cómo lo mirábamos nosotros, los del pequeño grupo del reservado, apelotonados en el rincón más próximo a la cantina. La presencia de tantos testigos le hizo decidirse a emprender la huida. Pasó pegado a la pared y luego se dirigió hacia la puerta con la velocidad de una serpiente. Pero sus dificultades no habían terminado aún, porque antes de salir Fettes lo agarró del brazo, y de sus labios, aunque en un susurro, salieron con toda claridad estas palabras:

—¿Has vuelto a verlo?

El famoso doctor londinense dejó escapar un grito ahogado, dio un empujón al que así lo interrogaba y con las manos sobre la cabeza huyó como un ladrón atrapado *in fraganti*. Antes de que a ninguno de nosotros se le ocurriera hacer el menor movimiento, el calesín traqueteaba ya camino de la estación. La escena había terminado como podría hacerlo un sueño; pero aquel sueño había dejado pruebas y rastros de su paso. Al día siguiente la criada encontró los anteojos de oro en el umbral, rotos,

y aquella noche todos permanecemos en pie, sin aliento, junto a la ventana de la cantina, con Fettes a nuestro lado, sereno, pálido y con aire decidido.

—¡Que Dios nos tenga de su mano, Mr. Fettes! —dijo el posadero, quien fue el primero en recobrar el normal uso de sus sentidos—. ¿A qué obedece todo esto? Son cosas muy extrañas las que usted ha dicho...

Fettes se volvió hacia nosotros; nos fue mirando a la cara sucesivamente.

—Procuren tener la lengua quieta —dijo—. Es arriesgado enfrentarse con el tal Macfarlane; los que lo han hecho se han arrepentido demasiado tarde.

Después, sin terminarse el tercer vaso, ni mucho menos quedarse para consumir los otros dos, nos dijo adiós y se perdió en la oscuridad de la noche después de pasar bajo la lámpara de la posada.

Nosotros tres regresamos a los sillones del reservado, con un buen fuego y cuatro velas recién empezadas; y, a medida que recapitulábamos lo sucedido, el primer escalofrío de nuestra sorpresa se convirtió muy pronto en hormigueo de curiosidad. Nos quedamos allí hasta muy tarde; no recuerdo ninguna otra noche en la que se prolongara tanto la tertulia. Antes de separarnos, cada uno tenía una hipótesis que se había comprometido a probar, y no había para nosotros asunto más urgente en este mundo que rastrear el pasado de nuestro misterioso contertulio y descubrir el secreto que compartía con el famoso doctor londinense. No es un gran motivo de vanagloria, pero creo que me di mejor maña que mis

compañeros para desvelar la historia; y quizá no haya en estos momentos otro ser vivo que pueda narrarles a ustedes aquellos monstruosos y abominables sucesos.

De joven, Fettes había estudiado medicina en Edimburgo. Tenía un cierto tipo de talento que le permitía retener gran parte de lo que oía y asimilarlo enseguida, haciéndolo suyo. Trabajaba poco en casa; pero era cortés, atento e inteligente en presencia de sus maestros. Pronto se fijaron en él por su capacidad de atención y su buena memoria; y, aunque a mí me pareció muy extraño cuando lo oí por primera vez, Fettes era en aquellos días bien parecido y cuidaba mucho de su aspecto exterior. Existía por entonces fuera de la universidad un cierto profesor de anatomía al que designaré aquí mediante la letra K. Su nombre llegó más adelante a ser tristemente célebre. El hombre que lo llevaba se escabulló disfrazado por las calles de Edimburgo, mientras el gentío, que aplaudía la ejecución de Burke,¹ pedía a gritos la sangre de su patrón. Pero Mr. K estaba entonces en la cima de su popularidad; disfrutaba de la fama debido en parte a su propio talento y habilidad, y en parte a la incompetencia de su rival, el profesor universitario. Los estudiantes, al menos, tenían absoluta fe en él y el mismo Fettes creía, e hizo creer a otros, que había puesto los cimientos de su éxito al lograr el favor de este hombre meteóricamente famoso. Mr. K era un *bon vivant* además de un excelente profesor; y apreciaba tanto una hábil alu-

1. William Burke, un irlandés que, junto con su cómplice William Hare, asfixiaba a sus víctimas y vendía los cuerpos al doctor Robert Kurx, un cirujano de Edimburgo. Burke fue ahorcado en 1829.

sión como una preparación cuidadosa. En ambos campos Fettes disfrutaba de su merecida consideración, y durante el segundo año de sus estudios recibió el encargo semioficial de segundo profesor de prácticas o subasistente en su clase.

Debido a este empleo, el cuidado del anfiteatro y del aula recaía de manera particular sobre los hombros de Fettes. Era responsable de la limpieza de los locales y del comportamiento de los otros estudiantes y también constituía parte de su deber proporcionar, recibir y dividir los diferentes cadáveres. Con vistas a esta última ocupación —en aquella época, asunto muy delicado—, Mr. K hizo que se alojase primero en el mismo callejón y más adelante en el mismo edificio donde estaban instaladas las salas de disección. Allí, después de una noche de turbulentos placeres, con la mano todavía temblorosa y la vista nublada, tenía que abandonar la cama en la oscuridad de las horas que preceden a los amaneceres invernales, para entenderse con los sucios y desesperados traficantes que abastecían las mesas. Tenía que abrir la puerta a aquellos hombres que después han alcanzado tan terrible reputación en todo el país. Tenía que recoger su trágico cargamento, pagarles el sórdido precio convenido y quedarse solo, al marcharse los otros, con aquellos desagradables despojos de humanidad. Terminada tal escena, Fettes volvía a adormilarse por espacio de una o dos horas para reparar así los abusos de la noche y refrescarse un tanto para los trabajos del día siguiente.

Pocos muchachos podrían haberse mostrado más insensibles a las impresiones de una vida transcurrida de

esta manera bajo los emblemas de la moralidad. Su mente estaba impermeabilizada contra cualquier consideración de carácter general. Era incapaz de sentir interés por el destino y los reveses de cualquier otra persona, esclavo total de sus propios deseos y rastreras ambiciones. Frío, superficial y egoísta en última instancia, no carecía de ese mínimo de prudencia, a la que se da equivocadamente el nombre de “moralidad”, que mantiene a un hombre alejado de borracheras inconvenientes o latrocinios castigables. Como Fettes deseaba además que sus maestros y condiscípulos tuvieran de él una buena opinión, se esforzaba en guardar las apariencias. Decidió también destacar en sus estudios y día tras día servía a su patrón impecablemente en las cosas más visibles y que más podían reforzar su reputación de buen estudiante. Para indemnizarse de sus días de trabajo, se entregaba por las noches a placeres ruidosos y desvergonzados; y cuando los dos platillos se equilibraban, el órgano al que Fettes llamaba “su conciencia” se declaraba satisfecho.

La obtención de cadáveres era continua causa de dificultades tanto para él como para su patrón. En aquella clase con tantos alumnos y en la que se trabajaba mucho, la materia prima de las disecciones estaba siempre a punto de acabarse; y las transacciones que esta situación hacía necesarias no sólo eran desagradables en sí mismas, sino que podían tener consecuencias muy peligrosas para todos los implicados. La norma de Mr. K era no hacer preguntas en el trato con los de la profesión. “Ellos consiguen el cuerpo y nosotros pagamos el precio”, solía decir, recalando la aliteración *quid pro quo*. Y de nuevo,

y con cierto cinismo, les repetía a sus asistentes que “no hicieran preguntas por razones de conciencia”. No es que se diera por sentado implícitamente que los cadáveres se conseguían mediante el asesinato. Si tal idea se le hubiera formulado mediante palabras, Mr. K se habría horrorizado; pero su frívola manera de hablar tratándose de un problema tan serio era, en sí misma, una ofensa contra las normas más elementales de la responsabilidad social y una tentación ofrecida a los hombres con los que negociaba. Fettes, por ejemplo, no había dejado de advertir que, con frecuencia, los cuerpos que le llevaban habían perdido la vida muy pocas horas antes. También le sorprendían una y otra vez el aspecto abominable y los movimientos solapados de los rufianes que llamaban a su puerta antes del alba; y, atando cabos para sus adentros, quizá atribuía un significado demasiado inmoral y demasiado categórico a las imprudentes advertencias de su maestro.

En resumen: Fettes entendía que su deber constaba de tres apartados: aceptar lo que le traían, pagar el precio y pasar por alto cualquier indicio de un posible crimen.

Una mañana de noviembre esta consigna de silencio se vio duramente puesta a prueba. Fettes, después de pasar la noche en blanco debido a un atroz dolor de muelas —paseándose por su cuarto como una fiera enjaulada o arrojándose desesperado sobre la cama—, y caer ya de madrugada en ese sueño profundo e intranquilo que con tanta frecuencia es la consecuencia de una noche de dolor, se vio despertado por la tercera o cuarta impaciente repetición de la señal convenida. La luna, aunque en

cuarto menguante, derramaba abundante luz; hacía mucho frío y la noche estaba ventosa; la ciudad dormía aún, pero una indefinible agitación preludiaba ya el ruido y el tráfago del día. Los profanadores habían llegado más tarde de lo acostumbrado y parecían tener aún más prisa por marcharse que otras veces. Fettes, muerto de sueño, los fue alumbrando escaleras arriba. Oía sus roncas voces, con fuerte acento irlandés, como formando parte de un sueño; y mientras aquellos hombres vaciaban el lúgubre contenido de su saco, él dormitaba, con un hombro apoyado contra la pared; tuvo que hacer luego verdaderos esfuerzos para encontrar el dinero con que pagar a aquellos hombres. Al ponerse en movimiento sus ojos tropezaron con el rostro del cadáver. No pudo disimular su sobresalto; dio dos pasos hacia delante, con la vela en alto.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Si es Jane Galbraith!

Los hombres no respondieron nada, pero se movieron imperceptiblemente en dirección a la puerta.

—La conozco, se lo aseguro —continuó Fettes—. Ayer estaba viva y muy contenta. Es imposible que haya muerto; es imposible que hayan conseguido este cuerpo de forma correcta.

—Está usted completamente equivocado, señor —dijo uno de los hombres.

Pero el otro lanzó a Fettes una mirada amenazadora y pidió que se les diera el dinero inmediatamente.

Era imposible malinterpretar su expresión o exagerar el peligro que implicaba. Al muchacho le faltó valor. Tartamudeó una excusa, contó la suma convenida y acompañó a sus odiosos visitantes hasta la puerta. Tan pronto